

Prólogo

Es en noches blancas como esta, cuando fuera la nieve insiste contra los postigos y las ventanas se humedecen de escarcha, cuando Marika coge el libro. Pasa las páginas y desaparece entre todos esos días soleados.

Ahí está Erzsi por la mañana temprano, cuando la suave luz despedía el rocío con un beso y tentaba a todos a salir, con las mejillas sonrosadas. Ahí está al mediodía, cuando el calor más brusco desciende, abatiéndoles, haciendo que se apoltronen: en la hierba amarillenta, en el estanque del bosque, bajo la enramada de acacias. Ahí está en las tardes que desaparecían lentamente, cuando el sol desgastado cae hacia las desdibujadas colinas, y holgazaneaban en la terraza, disfrutando de los últimos rayos.

Marika contempla las fotografías y, fugazmente, siente que le devuelven la mirada.

Su relación con el libro es curiosa. Lo hizo ella misma, con dedos que buscaban y lágrimas que se emborronaban de tinta, con pinturas y pegamento y retazos y fragmentos. Tomó las fotografías cuando nadie sabía que las estaba sacando, así que las imágenes que hay en las páginas parecen secretos susurrados. La tela de la cubierta tiene flores pintadas, espirales y brochazos de un blanco brillante, brotes que no se han marchitado. A diferencia de las flores de verdad, las que están fuera enroscadas en la veranda, que se ajan y mueren a medida que la noche cae. Se recuerda mezclando los colores, el tirón en el cuello al inclinarse torpemente sobre su lienzo cuadrado, haber oído la suave risa de Zoltán al verle la punta de la lengua asomando entre sus labios en señal de concentración. La inscripción fue una idea tardía y, como tal, las palabras están dispuestas caprichosamente entre los pétalos, con un armonioso e inspirador garabato: *El libro de los veranos*. Un nombre que procedía de la delicia del primero y de la anticipación de todos los que vendrían.

Marika ama y odia el libro a partes iguales. Pues cuando pasa las páginas viaja en el tiempo. Cuando pasa las páginas está encadenada.

Las fotografías palpitan como si estuvieran vivas, y la tientan a acercarse. Huele a crema de coco extendida sobre una piel pálida para prevenir un rebrote de pecas. Huele al humo de la leña que perdura en el pelo, como si se hubiera bailado entre las llamas. Huele a helados de ce-

reza ligeramente picantes. Agacha la cabeza hacia las páginas, perdida en el momento, y ahora el único aroma que percibe es el del papel. Seco, rancio y sin vida.

Oye una voz que la llama. Cierra el libro y lo vuelve a colocar en el estante. Vuelve a la vida que tiene ahora. La vida que una vez escogió sobre todo lo demás. Y todo lo que está perdido permanece entre las páginas del libro.

Uno

El viernes por la mañana comenzó como los días ingleses de verano suelen hacerlo: con un tímido pero creciente sol, y volutas de nube que fueron barridas por el viento hacia la hora del desayuno. Mi padre me iba a venir a visitar, así que debería haber sabido que no iba a ser un día normal, a pesar de que había empezado prometedor. Era la primera vez que iba a ver mi casa en Londres, y no es que yo acabara de llegar a la ciudad. Tenía diecisiete años cuando opté por Bellas Artes, con la total determinación de que debía ser en Londres. Quería perderme, y parecía el mejor lugar para estar perdida. Recuerdo el día que dejé mi casa hace doce años: mi padre de pie, al lado del coche, en el aparcamiento de la estación, una mano nudosa levantada a modo de despedida, la otra buscando ya las

llaves en el bolsillo. Después el pum, pum del tubo de escape mientras me pasaba por delante a la entrada de la estación, y cómo no me vio esta vez, pues se encorbaba sobre el volante como alguien que ya llegara tarde. Le observé irse, la única familia que tenía.

Familia. Una palabra que siempre me ha resultado incómoda. Para algunas personas puede significar caóticas cenas con los codos en la mesa y viejas bromas moldeadas como la masa dispuesta para hornearse. O tías chifladas y tíos sufridores, con sus vestidos amplios y deformes y sus bigotes desiguales, el fuerte apretón de un abrazo bienintencionado. O, simplemente, una casa en una calle. Las huellas de unas manos en el cemento fresco. Las enredadas y desgastadas cuerdas de un viejo columpio en una rama de manzano. ¿Para mí? Nada de eso. Es una palabra que me descompone. Es como tirar de un hilo suelto en el enganchón de un jersey, que se desteje rápidamente y se te deshace en las manos.

Desde la universidad he vivido a ambos lados del río, en pisos abarrotados y casas adosadas en la periferia; yo sola en un húmedo sótano en Bloomsbury y con otras siete personas en una destartada mansión que en otro tiempo fue lujosa, a las afueras de Camden. Ahora mismo, mi hogar es una bonita casa victoriana adosada en Mile End, con un desbarajuste de jardín y un gnomo expatriado. Mi compañera de piso, Lily, entona canciones de Frank Sinatra en el baño y tiene un corte de pelo estilo Bob, negro y brillante como el carbón. Nuestra casa está a la sombra de un conjunto de bloques de pisos, y hay un Fiat abandona-

do desde hace tiempo tres puertas más allá de la mía, con la ventanilla trasera resquebrajada como un estanque en el que se patina sobre hielo. Una vez vi un gato tirado en la acera, blanco y negro, y muy muerto, una imagen que nunca me he sacado de la cabeza. Otra vez, una bandada de palomas estaba picoteando los restos de un pollo asado cuando yo salía por la puerta principal. Me apresuré fingiendo que no lo había visto, como un transeúnte nervioso que hace la vista gorda ante un delito. Pero en cinco minutos en bicicleta puedo estar tirada en Victoria Park, con un montón de libros y periódicos. Voy a un café donde, si brilla el sol, la propietaria me invita a una taza de café, y me siento a su lado en una mesa coja, mientras ella, con su delantal azul, fuma cigarrillos baratos. Teniendo en cuenta todo eso, estoy establecida aquí. Es un lugar donde creo que puedo darle la bienvenida a mi padre sin que se abran paso sentimientos más complicados.

Siempre fue mayor que otros padres, y me hacía reír sin parar cuando era pequeña, diciendo que ya había nacido viejo, con las gafas resbalándole por la nariz ya en la cuna y las rodillas arrugadas. Mientras otros padres reían y gritaban, vestían vaqueros Levi's y hacían improvisados toboganes de agua con loneta impermeable, mi padre estaba en su despacho, con las mangas de la camisa remangadas hasta los codos, perdido en sus libros. Yo me escabullía y le buscaba, guiada por el discreto cerrarse de una puerta o el crujido de un escalón. Me acariciaba con un dedo la mejilla y me llamaba su pequeña Betty. Yo me colgaba de las trabillas de sus pantalones de pana.

En el desayuno solía ponerle mermelada en una tostada y se la daba como un regalo, ruborizada por la atención. Él abría las cajas de cereales la primera vez, peleando con el plástico de dentro, echando los copos de maíz en mi tazón, robándose uno para él. El domingo por la tarde planchaba los vestidos que yo iba a llevar a la escuela, y los colgaba cuidadosamente en perchas luciendo el estampado de rosas, mientras que el revés todavía estaba arrugado. Y algunas veces yo llegaba a casa y encontraba en la mesa de la cocina un regalo, siempre en la misma esquina. Un libro de cuentos. Un cuaderno nuevo con renglones para escribir. Un ramillete de tres lápices afilados. Hacíamos té y leíamos rimas tontas juntos, y yo me iba a la cama soñando con *Quangle Wangles* y un barco verde muy bonito.

Nos llevábamos a las mil maravillas, y parecíamos muy felices.

Ahora mismo, tenemos nuevas reglas. Simplemente, hay cosas de las que hablamos y otras de las que no. Mientras que se respeten los límites, todo va bien. Transforma lo que podría ser una relación complicada en una muy sencilla. Este acuerdo mutuo no ha ido evolucionando sutilmente con el tiempo, sino que empezó con una caída en picado, apresurada por lágrimas que salpicaban y promesas derramadas cuando yo tenía dieciséis años. Desde entonces, hemos sido cómplices en silencio. Y nos las apañamos bastante bien.

Nunca ha sido de los que se presentan inesperadamente en Londres por un capricho. Nos vemos de tarde en tarde, y habiéndolo planeado con tiempo; normalmen-

te voy a verle a Devon. «No estoy hecho para Londres, Beth», me ha dicho siempre, y eso me alivia, que no sea uno de esos padres entusiastas que permanentemente está sugiriendo algo y proponiendo planes. La madre de Lily hojea detenidamente el periódico en busca de exposiciones y nuevas obras de teatro, buscando excusas para venir y visitarla. Viene cada dos meses y entonces Lily se convierte en una turista. Las dos entran a trompicones por la puerta con bolsas abarrotadas de Harrods y del museo Victoria and Albert. Cogen taxis y van al ballet. Comen en los restaurantes de los que habla todo el mundo, y algunas veces me invitan a que me una a ellas para el postre. La madre de Lily también se enfrenta a nuestro hogar con fruición. Frota el fregadero hasta que parece plata, y sustituye nuestros cepillos de dientes desgastados por otros de cerdas impecables. Nos compra paquetes gigantescos de rollos de papel higiénico y latas de sopa, como si fuéramos gente de un pueblo lejano en la montaña que algún día se puede quedar aislada por la nieve. Observo tales cosas con interés. Me pregunto cómo será que las vidas de tus padres se entrelacen tanto con la tuya. Los abrazos de la madre de Lily también me incluyen a mí, pero de alguna manera lo que hace para integrarme consigue que me sienta más sola de lo que estaba antes. Antes de que me diera cuenta de que necesitaba un cepillo de dientes nuevo o un pedazo de tarta Pavlova a la que le han concedido una estrella Michelin.

Así que fue una sorpresa cuando mi padre me llamó por teléfono hace tres días para decirme que iba a venir a

verme este mismo fin de semana. ¿Iba a estar el viernes? ¿Iba a tenerlo libre?, preguntó. Este era territorio desconocido, y entraba en él con una mirada de soslayo y los nervios de punta. Por pura casualidad, tenía el día libre. Trabajo en una galería de arte, así que a menudo tengo que estar allí los fines de semana, pero me encontré con un viernes y un sábado libres poco comunes. Había imaginado un desayuno tardío en la glorieta del parque, un paseo en bicicleta por el canal, una tarde en una soleada cervecería con terraza junto a amigos que nunca trabajaban los fines de semana, pero que no por eso dejaban de celebrarlos de manera desaforada.

—Por supuesto que estoy libre, papá —había dicho, fingiendo un tono despreocupado—. Ven cuando quieras.

Me había ofrecido para ir a recogerle al tren en la estación de Paddington, y él se había reído con vigor, diciendo que todavía no era un carcamal. Aproveché y le pregunté:

—¿Va todo bien?

Y me dijo que por supuesto que sí. Y después añadió:

—Solo quiero verte.

Y sonaba bastante simple en ese momento; inesperado, pero creíble. Después de colgar el teléfono, no pude evitar sentir una extraña mezcla entre euforia y preocupación. Decidí tranquilizarme no haciéndole caso. Me sumergí en los libros de cocina. En vez de pasarme los tres días siguientes imaginando todos los posibles escenarios que podría provocar esa visita, cociné, horneé y limpié el polvo, sintiéndome como una hija más de lo que me había sentido en mucho tiempo.

Claramente, el espíritu de la improvisación flotaba en el aire, pues Lily anunció que se iba a ir a navegar ese fin de semana con su nuevo novio, Sam. Me la imaginé riendo con la brisa, llena de sal y zarandeada por el viento. Me decepcionó que no fuera a estar en casa. A mi padre le habría gustado conocerla, y yo habría agradecido la manera en la que ella se habría hecho con la conversación y la habría conducido sin esfuerzo alguno.

—¿Estará ese tal Jonathan contigo? —había preguntado por teléfono, y yo tuve que recordarle que Johnny y yo habíamos roto hacía ya unos seis meses. No solía recordar cosas como esa, y por mi parte yo les quitaba importancia, si alguna vez se la llegaba a dar. Johnny enseñaba Geografía sin mucho interés por su parte en un instituto de Lambeth, tenía una barba desaliñada y unos ojos capaces de reír. Estuvimos casi dos años juntos, y en todo ese tiempo no estoy segura de que alguna vez él llegara a describirme como su novia, lo que tampoco me importaba mucho. Un día me dijo que se iba para viajar por toda Sudamérica, y me preguntó si me quería ir con él. Me lo pensé, mientras me hablaba de estruendosas cascadas y selvas tan profundas y espesas que, incluso de día, eran negras como la noche. Pero al final le terminé rechazando más fácilmente de lo que hubiera creído posible. Esa noche hicimos el amor por última vez, Johnny se derrumbó sobre mí después, yo cerré los ojos y le pasé un brazo por encima, como si fuera él quien necesitara consuelo. Como si yo fuera la que se marchaba. Y la última mañana, me sujetó la barbilla con los dedos y me miró a los ojos.

—Solo con que me hubieras dejado conocerte de verdad... —dijo. Después, con un poco más de seguridad, añadió—: Creo que me acerqué más que nadie, Beth. Creo que te he conocido mejor de lo que piensas.

Cerré los ojos y, cuando los volví a abrir, pude ver que ya no iba a ser su rompecabezas nunca más. Ya se había ido.

Intentando decidir qué hacer con mi padre mientras estuviera aquí, enseguida se me ocurrió la galería. Está justo en Brick Lane y me encanta el lugar donde trabajo. Las amplias cristalerías dejan pasar el máximo posible de la luz del sol, y dentro hay algo como muy ecológico, que da la impresión de que te has tropezado con un claro soleado en medio de un bosque oscuro e intrincado. Cuando era estudiante, siempre creí que el arte servía para enseñarle a la gente algo nuevo, no lo que ya sabía, y ese pensamiento permanece conmigo. Aunque la última semana hemos tenido una exposición que incluye el trabajo de tres artistas paisajísticos. Sus temas ligeros y bucólicos no es lo que tenemos normalmente, pero Luca, el dueño, se había levantado un día anhelando algo «más amable», según dijo, que «nos remontara a tiempos más sencillos». Podía imaginar a mi padre disfrutando de las obras, acercándose al lienzo para admirar el abombamiento de una ladera, o un árbol floreciendo en medio de un campo llano como una crepe. Vería algo de Devon en las imágenes, y quizás se sentiría como en casa. Y me encantaría enseñarle por fin mi lugar de trabajo. Nunca lo había visto, y estoy segura de que se lo imaginaba lleno de maniqués desmembrados

y grafitis incoherentes, algo del tipo de lo que veía de vez en cuando en los suplementos dominicales.

Para por la tarde, había comprado películas en una de las casetas de Roman Road, viejos filmes en blanco y negro con bandas sonoras entrecortadas y el eco de los pasos en la oscuridad. Sentarnos enfrente de la televisión era una de las cosas que siempre habíamos hecho juntos, agradecidos de poder conversar sin ningún propósito de lo que fuera que estuviéramos viendo. Y para la cena había hecho una gran cacerola de carne con chile, y había comprado tortillas en una tienda mexicana de los callejones de Bethnal Green. No había comentado si se iba a quedar, pero, anticipándome, ya había preparado las toallas y las sábanas limpias. Había recogido todos los folletos de propaganda que alfombraban el recibidor común, y había colocado un ramo de tulipanes en la mesa de la cocina.

Hay una cierta poesía triste en lo que no se sospecha. Para cada una de las catástrofes que nos suceden, hubo un tiempo anterior en el que éramos totalmente ajenos a ella. ¡Qué poco sabíamos lo felices que éramos entonces! Solo con que pudiéramos aprender a festejar los días normales...; los que empiezan de manera común y corriente y transcurren sin nada digno de mención. Días como ayer y anteayer, cuando las molestias eran leves y pasajeras; los bordes difusos de un dolor de cabeza al despertar, derramar un poco de café al remover el azúcar, recordar de repente que tenía galletas en el horno cuando su olor dulce ya ha virado al

amargo. Esos son los días que hay que valorar. Los días en los que hay que detenerse y dar gracias. Y al hacerlo, darnos cuenta de que estamos listos, estamos preparados. Si los cielos se derrumbaran, tendríamos una oportunidad de atraparlos antes de que se cayeran.

Mi padre llegó justo después del mediodía. Escuché el ralenti de un coche, y espí su taxi desde la ventana. Me apresuré a bajar, deslizándome con los calcetines en el rellano, llegando a la puerta justo antes de que tocara el timbre.

— ¡Papá!

Se acercó para besarme, pero tenía bolsas en ambas manos, así que nos chocamos torpemente. Me ofrecí para ayudarlo con la carga, pero meneó la cabeza.

— No, no te preocupes, estoy bien. ¿Hacia dónde vamos?, ¿hacia arriba?

Le miré con renovado asombro, como siempre nos pasa cuando vemos a la gente fuera de su elemento natural. Casi me sorprendí al reconocer su ropa, su abrigo de color beis demasiado cálido para este tiempo, su camisa azul de algodón, que estaba arrugada en el cuello pero que seguía siendo una de sus favoritas. En la sala de estar me puse a un lado, casi con timidez, y le observé mientras colocaba su equipaje. Una bolsa de viaje azul marino, una bolsa de arpillera con una tortuga estampada, de las que han sustituido a las bolsas de plástico en los supermercados más modernos, y una bolsa de malla que parecía estar llena de paquetes envueltos con papel de periódico.

— ¿Te quedas esta noche? — pregunté.

—No estaba muy seguro —dijo—. Pero, por supuesto, puedo si tú quieres. Ah, estás mirando esto. La mayoría son verduras del jardín. Pensé que te gustarían.

Empezó a rebuscar en la malla, y sacó manojos de rabanitos y una lechuga arrepollada.

—Me levanté temprano esta mañana para recogerlo —dijo—. También hay algunas patatas tempranas.

El huerto era otra de las cosas que teníamos en común. Cuando era pequeña le ayudaba a cavar y sembrar, con mis huesudas rodillas llenas de barro y las manos engullidas por unos enormes guantes de jardinero hechos de algodón. A medida que iba creciendo y mis visitas a la casa se hacían más esporádicas, se había impuesto la obligación de tenerme al corriente de lo que sucedía en la huerta. Ya estuviera la hierba escarchada astillándose cuando se pisaba, o hubiera barro resbaladizo, la luna en el cielo o un sol resplandeciente, siempre íbamos a la parte de atrás del jardín, nada más llegar a casa.

Con la carga en los brazos, atravesé la cocina.

—Puedes quedarte si quieres —dije—. Quiero decir, has venido hasta aquí. Y nunca habías estado. Y, bueno, estaría bien, ¿no?

—Mi billete no está cerrado —dijo—. Puedo volverme en cualquier tren.

Sabía lo concienzudo que era, y que todos los posibles trenes entre ese día y el siguiente por la tarde estarían apuntados en un trozo de papel doblado en su bolsillo, con su clara y minuciosa caligrafía. Habría puesto un asterisco en los trenes que se detenían en todas las estaciones,

los que daban un rodeo por Wiltshire o los que paraban en Bristol. Pero esta aparente flexibilidad era nueva, y le di mi aprobación. Me estaba empezando a relajar, y a creer, después de todo, que su visita era espontánea.

Mientras él todavía estaba en la sala, le comenté:

—¿Quieres ir a la galería? Tenemos una exposición que creo que te va a gustar, y así también conocerías a la gente con la que trabajo. Después podemos comer en alguna parte, y volver a casa para la cena. Pero como veas. Quiero decir, podemos hacer cualquier otra cosa, de verdad.

—Oh, no me importa, Beth. Verte está muy bien —dijo—. ¿Estás preparando el té?

Entré en la sala, llevando un plato de galletas.

—Ya he puesto el agua a hervir. Mira, las he hecho yo, de sirope de arce y nueces. Se han quemado un poco los bordes, pero...

Estaba cogiendo la bolsa de arpillera con la tortuga, y se sobresaltó cuando entré en la sala. La volvió a dejar.

—Beth... —dijo.

Había oído pronunciar mi nombre de esa manera antes. Un montón de veces, y todas ellas hace muchos, muchos años.

—¿Qué?

—Antes de nada, hay algo que tengo que darte. A lo mejor quieres sentarte.

Su voz se hizo más grave, y tembló al final.

—¿Qué es? —dije, y me sorprendió lo tranquila que me salió la frase.

Se dio la vuelta, y cogió la bolsa otra vez. Parecía que le costara mucho, como si fuera muy pesada. Sus dedos se aferraron a las asas, y pensé que su mano semejaba una garra, la piel tirante de los nudillos, el pulgar estirado. Su rostro se había vuelto gris, sus ojos llenos de disculpas. Y entonces supe que, al final, sí había una razón para que viniera a Londres tan de repente. No era solo para verme o porque le apeteciera. No éramos de esa clase de personas, esa gente feliz y espontánea que hace ese tipo de cosas. Me hubiera gustado que me lo hubiera ocultado más tiempo. Podríamos haber mantenido el hechizo, aunque sus lazos fueran tan tenues como una neblina.

—Llegó algo para ti con el correo —dijo—, y pensé que mejor te lo traía directamente.

Me pasó la bolsa. Observé el dibujo estampado de la tortuga por un lado, con sus ojos redondos y sus patas rechonchas. Las palabras «Un amigo para toda la vida» estaban impresas debajo de ella. Volví a mirar a mi padre.

—¿Qué es? —pregunté.

—No lo sé, Beth. No lo he abierto.

Parecía apenado, y sentí un repentino arrebato de ira. Un fuego en mi pecho, que centelleó y después se asentó. Jugueteé con mi collar y su maraña de dijes, con mis dedos retorciendo la cadena de plata. Le miré fijamente, y él parpadeó primero. Se encogió de hombros.

—Solo pensé que podría ser importante —dijo quedamente.

Dejé la bolsa en el suelo y me arrodillé a su lado, metiendo la mano dentro. Saqué un paquete que parecía un

libro envuelto en papel marrón. Le di la vuelta y vi un matasellos borroso y un ramillete de sellos extranjeros. *Magyarország*. Hungría. Un lugar que, una vez, hace mucho tiempo, había significado «verano» para mí. La caligrafía me sonaba vagamente familiar, picuda y llamativa, cada palabra una cordillera de altos y bajos. Estaba dirigida a Erzsébet Lowe.

Erzsébet Lowe. Dos palabras, un nombre, uno que significaba unos mellados dientes de leche, el último de los cuales me tragué mientras dormía. Sandalias que dejaban un rastro estampado de flores en el polvo. Un flequillo mal cortado. Ojos abiertos como platos, apartando la maleza en el bosque escondido. Y más tarde, codos huesudos y largas piernas, el pecho quemado por el sol y besos en una piscina a la sombra. Lágrimas que quemaban y respiración acelerada. Un espejo roto y una huida repentina. A no ser que los frenara, los retazos de mis veranos húngaros volverían revoloteando: primero como pedazos de papel, mecidos por el viento, y después un torbellino.

Tenía que mostrarme categórica, Erzsébet Lowe ya no existía. Era una ilusión, el vaho desvaneciéndose en un cristal, un dibujo hecho con hojas de té que, al revolverlas, desaparecía. Se había ido hacía mucho, mucho tiempo.

Miré a mi padre. Me estaba observando, con las manos a los lados. De su cara se había ido el color y las arrugas le surcaban las mejillas.

—¿Por qué lo has traído? —dije, volviendo a meter bruscamente el paquete en la bolsa, enderezándome—. ¿Por qué has pensado que lo querría?

—Lo siento, Beth, pero pensé que tenía que sería importante. No era algo que te pudiera enviar por correo.

La palabra *importante* retumbaba con frío protocolo, sobres marrones que desde el exterior avisaban de que no eran propaganda, y encuentros vecinales donde beatas con sombrero se ponían de pie para protestar. Era una palabra gélida y estática.

—Nada de esto es «importante» —dije—. Deberías haberlo tirado directamente a la papelera.

Entonces visualicé lo que debía de haber pasado. El paquete llevado a una oficina de correos y pasado por debajo del cristal, una mujer rolliza con una blusa arrugada lamiendo los sellos y pegándolos de cualquier modo. Metido en una saca, mientras el remitente, una sombra, se daba la vuelta para irse. El bulto, atado con un cordel usado, cruzando el continente en la bodega de un avión, para esperar recostado en el porche de Harkham, un gusano dejando un rastro baboso tras él. Después el último tramo, un tren a Londres, mi padre sentado en la parte trasera de un taxi mientras callejeaba por el este de la ciudad, con su peso en el regazo. Sus manos rodeándolo, protectoras, temerosas.

Así fue como el pasado viajó hasta el presente. Ese fue su recorrido.

Me levanté, pasándome las manos por el vestido como si lo tuviera lleno de polvo.

—¿Así que has venido para darme esto? —pregunté—. ¿Por qué no me dijiste que esta era la razón de tu viaje? Te hubiera dicho que no te molestaras. No lo quiero. Sea lo que sea, no lo quiero.

—No pensé que solo fuera un paquete —respondió—. Ha pasado tanto tiempo desde que algo con ese matasellos llegara a casa, Beth... Así que pensé que debía venir.

—Pero si nunca vienes, papá. No habías visto este lugar ni una sola vez. Y no me importa. Es como es, y está bien. Pero, de verdad, de todas las veces que habrías podido venir... Por favor, llévatelo, llévatelo contigo. No lo quiero.

—No quería molestarte. De verdad que no. Ha sido muy precipitado por mi parte venir.

—No ha sido precipitado, sino normal. Para otra gente, habría sido lo normal. Pero no para nosotros, papá. Debería haber sabido que había una razón para que vinieras. ¿Pero esto? ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no me podías contar lo que había pasado? En vez de fingir que pasabas por aquí a hacerme una visita con una bolsa de rabanitos, ¡por el amor de Dios!

—No supe cómo decírtelo, Beth. Sabía lo que significaba para ti.

—Papá, ¿por qué lo seguimos haciendo mal, después de todo este tiempo? Nada ha cambiado, ni una sola cosa.

—¿Preferirías que me vaya? —dijo.

—¿Adónde?, ¿a casa?

—Sí.

Me lo pensé, y sentí algo muy familiar en el estómago. La culpa y la pena, mezcladas.

—Bueno, solo venías a darme esto, y ya lo has hecho. Pero, en fin, te podrías quedar. Podríamos fingir que todo

va bien. Que no me mentiste acerca de la razón por la que venías. Que no me acabas de dar algo que no viene al caso, pero que ahora se me va a quedar en la cabeza para, ay, no lo sé, para siempre. Podríamos hacer eso, sí.

Mi voz salía extraordinariamente aguda, como si fuera un instrumento de cuerda tensado más allá de la razón. Me llevé las manos a la boca para dejar de hablar.

Me cogió la bolsa de la mano extendida. Entonces vi el cansancio en su cara, las arrugas alrededor de sus ojos como el yeso resquebrajado. Recogió su bolsa de viaje. Me figuré que contenía su pijama pulcramente doblado, una muda de camisa, unos calcetines de lana formando una bola. Las cosas que hubiera necesitado si después de todo se hubiera quedado a pasar la noche. ¿Qué se había creído? ¿Que después del paquete querría el consuelo de su presencia? ¿Que pasearíamos por el parque, y observaríamos los cuadros, y comeríamos chile, y veríamos películas, y nos daríamos las buenas noches en el rellano, y que todo saldría bien?

Nos miramos fijamente. Abrió la boca para decir algo y después dudó. La cerró. El tiempo para hablar, para hacer las cosas de manera diferente, se había ido, y ninguno de los dos lo había aprovechado.

—Entonces ¿te llamo un taxi para que te lleve a la estación? —dije, casi cogiendo el teléfono.

—Si es lo que crees que es mejor, Beth... Lo siento. Dudé.

—Mira, antes ha sonado muy mal, pero podríamos intentarlo. Somos buenos en eso, ¿verdad? En aparentar. Todavía podemos pasar un buen día.

Negó con la cabeza y no supe si era en señal de desacuerdo o por una sensación de desesperanza más grande, más profunda y, resumiendo, más antigua. Me encogí de hombros, y lentamente pero con toda la intención del mundo empecé a marcar los números.

El taxi vino rápidamente, más de lo que esperaba. Siendo el mediodía de un viernes, pensaba que por lo menos tendríamos que esperar veinte minutos, pero llamaron al timbre en menos de cinco. Le acompañé a la planta de abajo. Cuando llegamos a la acera, me dio un abrazo, y por un momento se lo devolví, pero ya se estaba separando y yendo a abrir la puerta del taxi. Estaría pensando en el contador del taxi, en su conductor impaciente, en ese coche que estaba esperando en el otro carril para poderles adelantar. Mi padre era un hombre que se dejaba influir por ese tipo de circunstancias, doblándose y rajándose como una vaina de judías.

— Adiós, papá — dije.

Se subió y yo cerré la puerta, con más fuerza de lo que hubiera querido. Le di unos golpecitos en el cristal y le dije adiós con la mano. Entonces me quedé mirando mientras el taxi se iba, observé su perfil en la ventanilla trasera, desapareciendo. Estaría de vuelta en Devon a media tarde, justo a tiempo para que el sol atravesara las retorcidas ramas del manzano en el patio trasero. Sería como si nunca hubiera venido.

Miré hacia lo poco de cielo de Londres que podía ver, y parpadeé rápido, un viejo truco para detener las lágrimas antes de que empezaran. Fui a recogerme el pelo de la ca-

ra cuando me di cuenta de que todavía llevaba la bolsa de la tortuga. No recordaba que me la hubiera vuelto a dar, ni tampoco haberla cogido. Pero así era mi padre. Ladino, a la manera de los perdedores, como un zorro huyendo de los sabuesos.

— Ay, papá — suspiré —. ¿Por qué no podemos simplemente hablar?

Ni siquiera podía imaginarme su respuesta.

Me arrastré de vuelta a casa, y cerré de un portazo. El piso estaba reluciente, recién pasada la aspiradora y todo fregado. Los tulipanes me sonreían desde la mesa. Cogí el plato de galletas y las tiré a la basura; una se estrelló contra el borde y se hizo miguitas a mis pies. Me enderecé y vi la bolsa de arpillera donde la había dejado caer, en el rincón de la cocina. Me senté en el suelo y la observé. Como si, por mirarla, pudiera transformarla en algo completamente diferente.

Esto lo sé con certeza: las antiguas penas no se van. De hecho, son lo que nos da forma, son a lo que culpamos cuando nos convertimos en seres despiadados y un poco turbios. No sé cuánto tiempo estuve mirando esa bolsa, pero las piernas se me durmieron, y me dio un tirón en el cuello, y supe que tenía que salir de casa. En un ataque de súbita nostalgia por el día que pudo haber llegado a ser, me encontré a mí misma trazando el camino que habría podido recorrer con mi padre. Cogí el autobús hacia Bethnal Green. No había mucho tráfico,

teniendo en cuenta la hora. No era domingo por la mañana, cuando la calle estaba atestada de vendedores callejeros con los ojos grises, despachando pasta de dientes y discos rotos. Cuando grupos de chicas se reían escondiéndose tras las manos, y los chavales del East End pisaban con fuerza por sus aceras, llenándose los zapatos de ocre aplastada. Tampoco era por la noche, esas horas oscuras en las que el olor del pollo frito invadía el aire, los chicos con andar bravucón eran los dueños de las calles y chirriantes micrófonos descubrían locales de karaoke, escenarios acaparados por barrigudos y melenas cardadas. La tarde era soleada, y me rodeaba el bullicio de personas ocupadas en sus propios asuntos, con andares tranquilos y relajados.

Mientras caminaba, me fijé en mis pies calzados con chanclas; los dedos ya se estaban poniendo negros de lo sucia que estaba la calle. De repente me vino una imagen de mi padre en Devon, en su jardín en flor, una suave brisa a través de las hileras de judías plantadas. Se habría arremangado y estaría cavando con furia. Siempre se ponía a cavar en momentos de discordia. Pero me di cuenta de que estaba acelerando las cosas, era mucho más probable que todavía estuviera en el vagón de tren, atusándose el bigote mientras unos niños gritones esparcían sus juguetes en la mesilla común y la gente charlaba por teléfono. Mi padre. Pensar en él —su pesar, su desasosiego, su preocupación— me salvó de tener que pensar en otra cosa. El paquete invasor, y todo lo que traía consigo. Sus apelmazadas telarañas. Olía al pasado.

Llegué a la galería en veinte minutos, y entré directamente; el sensor de la puerta sonó como los timbres de los tenderos de antaño.

—Hola —dije. Después—: Se está muy bien aquí con el fresco.

—¡Eh, Beth! ¿Dónde está tu padre?

Kelly llevaba con nosotros solo tres meses. Era de Wisconsin, tenía veinte años y siempre estaba increíblemente animada. Sus rizos rubios formaban una aureola y ese día llevaba un pañuelo rojo anudado en la nuca, lo que le daba un aire de chica de calendario pechugona.

—Es una larga historia —dije, y esperaba que pareciera un comentario despreocupado. Sabía que Kelly no me conocía lo suficiente, puesto que me esforzaba por estar a la altura de su encanto natural y su inagotable chorro de confidencias—. Al final no ha podido venir —añadí.

Dejé mi bandolera en el mostrador y me acerqué a las paredes con las manos metidas en los bolsillos. Kelly hizo un amago de acompañarme, pero afortunadamente se distrajo con el timbre de la puerta y la llegada de dos turistas japoneses gafapastas, con un peinado muy elaborado y un puñado de guías de viaje. Se apresuró a darles la bienvenida y yo me escabullí discretamente.

¿Por qué había venido? ¿Para recordarme de alguna manera que tenía un lugar, que tenía un propósito? Pero presentarte en el trabajo tu día libre levantaba sospechas, aunque fueras inocente. Decidí volcarme en los cuadros, con los puños apretados en los bolsillos de mis vaqueros. Había estado hacía una semana en la inauguración, ayu-

dando a servir vino y ofreciendo canapés muy complicados de hacer. Y había pasado la mayor parte de la semana rodeada por los lienzos, como su guardiana, su carabina. Proporcionaba detalles sobre su trasfondo a los que se interesaban; yendo de cuadro en cuadro, con asentimientos y dedos que no llegaban a tocarlos, señalando el brillo del cielo, el ritmo del agua, las múltiples texturas de la corteza. Pero fue esa tarde, mientras Kelly seguía parloteando con entusiasmo con nuestros visitantes, cuando empecé a fijarme en las imágenes, y a pedirles que me dieran algo. Fue como si quisiera saber que en algún sitio, fuera del foco o la lente o el ojo atento, los lugares que mostraban continuaban existiendo. Que se podía encontrar su origen, en caso de que alguien quisiera intentarlo.

En ese momento, pensé en otro artista: Zoltán Károly. Podías localizar sus pinturas con un alfiler en un mapa, pues siempre había representado el mundo que le rodeaba, tal como él lo veía. No me había acordado de sus obras en una larga temporada. Las había olvidado, como todo lo demás. Tampoco había considerado el paisaje que las inspiraba, ni el sitio al que llamaba hogar: Villa Serena. El nombre resbaló por mi lengua con facilidad, con sus torneadas consonantes y su lirismo casi imposible, pero escondía un aguijón en la cola. Un cariz amargo que desmentía su llamativa pronunciación. *Zoltán Károly*. Me acordé entonces de cómo firmaba los cuadros, las picudas letras de su nombre en la esquina inferior del lienzo. De repente supe que su caligrafía era la del paquete de Hungría. Y en cuanto me permití esa migaja de reconocimiento, todos mis

intentos por olvidar la intromisión de ese día fueron en vano. Sentí la creciente avalancha de los recuerdos, oí su estruendo y, aunque yo podía escapar, sabía que al final daría conmigo. Que no importaba cuánto intentara mantenerme a flote, su fuerza sería demasiado intensa y yo sucumbiría, cayendo en sus profundidades sorprendentemente blancas.

Me abrí paso entre los turistas y Kelly, y entré en la oficina de atrás. En el baño me observé fijamente en el pequeño espejo que teníamos apoyado encima del lavabo. Solo podía coger aire con pequeños resuellos. El reflejo era como un perfil despeinado, podía ser la figura de cualquier mujer marcada nada más que por sus contornos, y fue entonces cuando supe que estaba llorando, las lágrimas corrían libremente por mis mejillas.

Zoltán me había escrito, después de todos estos años. Y de todos los pensamientos, que se amontonaban unos encima de los otros, el único que persistía, el único que se alzaba sobre todos los demás, era este: ¿por qué él?, ¿por qué él y no ella?

Al final se me hizo muy de noche. Me quedé en la galería, en la parte posterior, fingiendo que me había olvidado de ponerme al día con algún papeleo urgente. A la hora a la que Kelly cerró, todo lo que sabía era que no quería estar sola. Me fui con ella a encontrarme con algunos de sus amigos, chicos y chicas a los que no conocía, y que eran tan alegres y relajados como ella. Brincamos de bar en bar, engullendo cócteles con desenfreno. Con la boca lle-

na de hielo picado y una sonrisa manchada de fresa, Kelly me volvió a preguntar qué le había sucedido a mi padre. Dije que le había surgido algo y que simplemente era «un compromiso ineludible». Por un momento sonó como si fuera un hombre de negocios muy ajetreado, y sopesé la idea. Me visualicé a mí misma siendo amiga de su secretaria, y que me mandara por correo entradas para lujosos eventos. La verdad, siendo dos personas completamente diferentes. Entonces recordé las verduras mustias y la bolsa de arpillera con la tortuga, y su cara angustiada mientras yo le decía: «Somos buenos en esto, ¿verdad? En aparentar».

A medianoche ya estaba harta de todo y de todos. Les dije adiós rápido y me escabullí. Prescindí de los taxis y de los autobuses nocturnos, y preferí que el eco de mis pasos en las aceras, las miradas fijas de los zorros urbanos y la vibración de los coches que pasaban fueran el metrónomo de mi ritmo. Tardé cuarenta minutos en llegar hasta casa, y si Lily hubiera estado allí, sin duda me habría regañado por mi falta de precaución. Pero yo volvía a una casa que, a pesar de estar desocupada, latía con una presencia que era más fuerte que cualquier persona. Así que había escogido la ruta larga para regresar.

Para una mente inquieta, determinada luz puede parecer sobrecogedora. Cuando entré al salón, me paré indecisa en su media luz, y dio la sensación de que salía flotando de mi interior. Al otro lado de la calle, una ventana se asemejaba a un rectángulo amarillo, enmarcando a dos personas enredadas en un beso. Bajé las persianas y me fui

a acurrucar al sofá, subiendo las piernas para acomodarme sobre ellas. Irse a dormir era impensable, así que me quedé sentada reflexionando, convirtiéndome en la noche, y en mi superficie, el reflejo de un beso, los listones por los que traspasaba la luz a través de una celosía corrida con desgana.

Debí de quedarme dormida, pues me desperté mucho más tarde, con dolor de cuello y la boca seca, y la luz de un nuevo amanecer me calentaba el rostro. La mano izquierda se me había entumecido y me hormigueaba. No había soñado con nada. Literalmente. Grandes espacios vacíos en los que faltaba todo. Tendría que haberme sentido aliviada, puesto que había temido estar agitada y divagar confusamente, y sin embargo me pareció un presagio. Débil todavía, me desperecé y bostecé.

Me levanté y fui hasta la cocina, descalza, con la ropa arrugada. El sol del amanecer iluminaba la cocina de manera tenue, cálida, casi como si no estuviera. Abrí la ventana y un gorjeante coro de pájaros, invisibles pero alborotados, saludaba al alba. Me pasé las manos por el pelo, y lo encontré enredado por donde me había movido intranquila esa noche. Mientras me frotaba los ojos, el maquillaje del día anterior me ensució las manos, y me dejó manchas polvorientas en los dedos. Sentí la súbita necesidad de lavarme, el agua corriendo y la pasta de dientes, el jabón con olor dulce y una nube de polvos de talco. Llené el hervidor, saqué la cafetera y me fui al baño. El agua de la ducha salía fría al principio y solté un velado grito, pero apreté la mandíbula y cerré los puños, con la

implacable voluntad de permanecer. Más tarde busqué a tientas una toalla, y me envolví en ella.

En el pasillo, mis pies dejaron tenues huellas en la madera, como si paseara por la playa. Me retorcí el pelo para secármelo mientras entraba en mi habitación a vestirme. Aunque todavía no me había secado, me puse una camiseta y unos vaqueros cortos viejos; el algodón desgastado me acariciaba los muslos. La necesidad de un café bien fuerte, súbita e imperiosa, me hizo volver a la cocina.

Desde que me había despertado, desperezándome en ese amanecer iluminado que no daba tregua, cada uno de mis movimientos había intentado evitar que recordara la frustrada visita de mi padre y el paquete que estaba en la esquina, vigilante, esperando. Necesitaba planificar mi día y lo tenía que hacer ya. A lo mejor podía sacar la cámara y pasear por los canales como la aficionada que era. Había un bar donde podía tomarme una sidra sentada en la hierba a la orilla del agua, con las margaritas presionando contra mis palmas. Todo lo que tenía que hacer para escapar era salir de casa y caminar rápidamente. La cámara, colocada en bandolera, me rebotaba en el costado de manera tranquilizadora.

Pero antes que nada estaba el café. Me senté a la mesa de espaldas a la ventana abierta. Crucé las piernas, puse los codos en el tablero y dejé descansar la barbilla en mis manos. La bolsa estaba en el suelo, al lado de la puerta. Me estremecí, después me levanté y me eché el café. Me aferré a la taza e inspiré su aroma, volviendo a ver la bolsa a través del vapor que ascendía. En la cocina había paz, fuera los pájaros cantaban menos pletóricos que antes, el mur-

mullo del tráfico, los vecinos de mi calle se dieron la vuelta y apagaron sus despertadores. El reloj de la pared marcaba las siete y media.

Me debatí en la cuerda floja, y me acordé de otras personas y de lo que estarían haciendo. Traté de localizarme y colocarme en el sitio correcto, asentarme dentro de un orden. Así que empecé. Lily estaría con su novio, levantándose con la tienda de campaña calada y el olor a goma de un colchón inflable. Kelly y sus amigos de la noche anterior todavía estarían en la cama, soñando con la boca abierta, con el algodinoso perfil de sus resacas todavía sin formar. ¿Johnny? En los brazos de otra chica, sin duda, con la melena de ella derramándose sobre el fornido pecho de él. ¿Mi padre? Ese viejo entrometido. No pude evitar incluirle. Siempre se levantaba muy pronto, así que quizás ya estaba deambulando por su casa, observando cómo hervía el huevo duro que iba a desayunar, con un poco de blanco saliéndose de la cáscara rota. A lo mejor chasqueaba la lengua y apretaba los nudillos sobre la encimera. Y después los otros. En los que nunca pensaba, y de los que mucho menos hablaba. La idea de que estuvieran en algún lado, haciendo algo, me resultaba inconcebible. Pues ¿acaso no los había borrado? ¿No habían dejado de existir? La vi entonces, tal y como podría ser. *Marika*. Observando a través de la ventana en la neblina de una mañana de Esztergom. El oscuro cabello recogido con una cinta casi infantil, una taza esmaltada de rojo, el café negro como la noche y endulzado con azúcar, sujeta con una mano. Estaba cerca de los setenta, pero más tarde

todavía montaría en bicicleta por el sendero labrado, parándose a comprar dulces hechos con albaricoques magullados en la panadería de la esquina. Silbando a los vecinos. Riéndose sin esfuerzo. *Marika*. ¿Cómo podía seguir siendo real? ¿Acaso olvidar no te permitía alejarte de una persona de una vez por todas?

Tomé una repentina decisión. Dejé el café, me levanté y me acerqué a la bolsa. Hurgué en ella y saqué el paquete. Lo dejé en la mesa y lo observé. Los sellos de colores resaltaban; la caligrafía, audaz y puntiaguda, parecía brotar del papel como si fuera el detalle de un libro troquelado. Lo contemplé como si fuera una cosa viva e impredecible, con todos los músculos en tensión, lista para esquivarlo si se abalanzaba hacia mí. Sin embargo, tenía que estar muerto, como un bicho boca arriba, con las patas tiesas y dobladas. Pues había venido del pasado, arrastrando telarañas, ahogándose en el polvo, con su viejo cordel y su papel arrugado.

Me estiré para cogerlo y le di la vuelta en mis manos, sintiendo su peso. Después desaté la cuerda, que se deslizó por los lados. Despegué la cinta adhesiva con las uñas y rompí los laterales. Dejé posadas las manos sobre su superficie, y esperé un momento antes de retirar el envoltorio. Al hacerlo, juraría que llegó hasta mí una bocanada de un aroma antiguo, denso como el humo de una hoguera. Mi boca tenía un sabor metálico, y me di cuenta de que me estaba mordiendo el labio, que al tocarlo me dejó un poco de sangre en los dedos. Enojada conmigo misma, con mis músculos en tensión y con mi imaginación hiperactiva,

desgarré el resto del papel sin ceremonia alguna, dejando a propósito que se cayera tranquilamente al suelo. Dentro había otro bulto empaquetado, y un sobre con «Erzsébet» trazado con la misma escritura irregular.

Me obligué a abrirlo con una cierta indiferencia, rizando y rasgando el papel. Era una carta, en grueso papel de pergamino, de color crema y escrito solo por una cara.

Tal y como había adivinado, era de Zoltán, la pareja de Marika. El hombre que conoció semanas después de que mi padre y yo volviéramos a Inglaterra sin ella, hace tantos años. El suyo era un nombre que jugueteaba en la lengua de ella, quien se mostraba saboreando la novedad, su libertad. Zoltán. Un pintor. Me dijo que primero se había encandilado de sus paisajes sólidos y vibrantes, e inmediatamente después de él. Debió de parecerme, o a la niña de nueve años que yo era, que nunca se guardaba ningún detalle. Como si me dijera todo lo que había que saber, toda la cruda verdad, cogiéndome de las manos y llenándolas con joyas fabricadas por ella misma.

En la carta, Zoltán había domesticado sus garabatos de pintor para escribir con precisión y cuidado. Habría pasado algún tiempo sin hablar en inglés, y habría necesitado un diccionario, pues Zoltán siempre hacía como si no supiera ninguna palabra triste.

Empecé a leer.

Queridísima Erzsébet:

Ha pasado tanto tiempo desde que supimos de ti...
Siento mucho que sea con tales noticias que ahora te es-

cribo. Marika ha fallecido. De un ataque al corazón, rápido y fulminante. El 10 de julio, un sábado, un día de tanto calor que nos fuimos a nadar pronto al estanque del bosque y nos dormimos por la tarde con las contraventanas cerradas. Murió con el frescor del atardecer, mientras yo ponía la mesa para la cena y ella iba a por una botella de vino. Hasta ese momento, era un día como todos los nuestros. Como los que tú recordarás, y espero que con aprecio. He esparcido sus cenizas en el terreno que le gustaba, donde el árbol con las ramas como los brazos de un hombre, tú sabes cuál, donde los campos se extienden hasta el horizonte. Ella te quiso para siempre, Erzsi. Debes saber eso. Y, Erzsi, siempre eres bienvenida aquí, como siempre lo fuiste y siempre lo serás. Espero darte la bienvenida.

(El viejo) Zoltán Károly

No supe que estaba conteniendo la respiración hasta que un mudo quejido trepó por mi garganta y luchó para escapar. Mi pecho se contrajo hasta que boquéé.

Me había imaginado su muerte antes. Algunas veces con el hormigueo de la invención, la mayoría con el vacío de lo que te aterroriza. La primera vez era solo una niña y tenía miedo de mis propios pensamientos. Pero mis intenciones eran buenas. La echaba de menos, y quería llorarla con una pena digna y sincera. Me imaginé escogiendo flores primaverales y dejándolas en una tumba, con una sola lágrima en mi mejilla. Más tarde, años más tarde, mientras caminaba entre torres de apartamentos, vi hachas que descendían y pistolas plateadas, con una caída repentina y un grito. Pe-

ro siempre el mismo punto y aparte. Esas eran las fantasías. La muerte pasaría algún día, por supuesto, pero no ese día, no ese año, sino en algún momento en el borroso y lejano futuro. El mismo futuro que duraba eternamente.

Era imposible creerse que de verdad se había ido. Dejando una sábana arrugada y un vaso de vino de cristal grueso manchado con besos de rubí. Un par de sandalias, con el interior negro restregado hasta brillar, tiradas de cualquier manera en el vestíbulo. Qué curioso que las cosas que venían a la mente fueran objetos sin vida, abandonados. Cuando nada en ella era estático. «Solo tienes una vida», me había dicho una vez, con la voz entrecortada y los ojos brillantes. Pero no era cierto: ella había tenido varias.

Un ataque al corazón. ¿Quizás con justicia poética? Ese corazón indeciso, esa cosa loca y valerosa que albergaba su pecho, y la enviaba en todas las direcciones posibles, y únicamente a veces en la correcta. Siempre fue demasiado. Su cabeza no entraba para nada en eso, solo su gran pero débil corazón. Así que al final su cuerpo se hartó y se volvió en su contra. Habría entrado en combustión espontánea, con las llamas bailando alrededor de sus pies y dejando un agujero negro en la alfombra. Una muerte ruidosa, con colores y luz, y después... nada.

Marika. Mi madre.

El tiempo pasó, y me di cuenta de que me había quedado paralizada, encorvada sobre la mesa con la carta entre las

manos. Me palmeé las mejillas para infundirles algo de vida, y entonces vi el otro paquete. Casi se me había olvidado. Lo cogí con cuidado y le di la vuelta, pasando los dedos sobre su superficie. Entonces lo abrí. Dentro había un libro, con la tapa dura y tapizado en tela. Alguien había pintado brillantes flores blancas sobre él, rellenándolo hasta los bordes, y las reconocí, incluso con las rápidas pinceladas estilizadas. *Hajnalka*. La palabra húngara que significaba «campanilla», como la flor. Parecían peonzas, envueltas en luz y movimiento. En la primera página había un título escrito sobre un fondo azul cielo: *El libro de los veranos*. Cinco palabras en la página, los extremos de cada letra se desparramaban con ingeniosos brochazos. A pesar de la caprichosa caligrafía y del tenue azul claro, aquellas palabras remitían claramente a un propietario. Un determinado tiempo y un lugar en concreto.

Junté las manos como si estuviera en una especie de iglesia, y bajé la cabeza. No estaba rezando, pero lo estaba deseando, con los labios apretados contra mis dedos. «Por favor —dije—, ¿podría no tener importancia, por favor?». Pero yo ya sabía que la tendría. Y que siempre la seguiría teniendo.

Lo abrí como sin darle importancia y vi una foto mía. Mi cara estaba muy cerca de la cámara, una mano protegía mis ojos del sol, con uno de sus rayos, brillante como una estrella fugaz, por encima de mi hombro. Debía de llevar algún tipo de sombrero, a lo mejor uno de paja trenzada, pues mi cara está moteada con sombras partidas. Y me estaba riendo, con mi nariz tostada arrugándose y los ojos

brillantes. Tenía catorce años. Sé que tenía catorce porque tenía un pequeño araño en la barbilla, y recuerdo la gata que me lo hizo. Una gata callejera que me había encontrado merodeando en la linde del sendero, husmeando entre cáscaras de melón secas, con el torso esquelético y andar vacilante, como una bailarina borracha. La recogí sin miedo, riéndome mientras ella me bufaba y arañaba. Acaricié su cabeza hasta que se tranquilizó. Me siguió a todas partes ese verano, mi sombra de color carey, cruzándose y tropezándose con mis piernas. La engordé con porciones de jamón y de pollo de mi propio plato, salchichas ahumadas que hurtaba de las brasas. Le puse de nombre Cica, que en húngaro significa «gatito». Sonaba tan bonito, Tzi-ca, como una pequeña emperatriz de Oriente, o el canto de una alondra.

Me di cuenta entonces de que había tratado de olvidar con tanta fuerza las cosas grandes que todas las pequeñas también se habían ido junto con ellas. Cica, mi pequeña sombra.

Le di la vuelta a la hoja, y a la siguiente, pasándolas rápido hasta acabar el libro. Había un orden, una estructura. Cada parte tenía su fecha, empezando en 1991, escrito con la misma caligrafía rizada, y siguiendo hasta 1997. No faltaba ni un solo verano de esos siete años. No había notas al lado de ninguna de las fotos, pulcramente escritas a mano, solo página tras página de fotografías. Diferentes escenarios, pero siempre en el mismo lugar que conocí: colinas verdes y desenfocadas, lomas de oscuros bosques, un estanque verdoso en un claro, maizales infinitos, un

arriate de hierba y una gran casa hecha de madera rojiza y piedra clara. Y a horas diferentes: con la primera y delicada luz, el calor intenso de la mañana, el horno en el que se convertían los mediodías, las tardes con truenos, las luciérnagas agujereando la oscuridad de las noches.

Y así fue como me volví a ver otra vez, en fragmentos, al pasar rápido las hojas. A los diez años, quemada por el sol e insegura, pero sonriendo, como tras una especie de victoria. Once, doce, trece, de pie entre las altas hierbas, con el sol dándome en los ojos, con un bañador amarillo donde empezaba el bosque, tirada en una hamaca, con un pie descalzo balanceándose. Catorce, quince, posando con una raqueta de bádmin-ton como si fuera la ganadora de Wimbledon, sujetando una mazorca gigante, con mantequilla en la barbilla, tumbada en una manta, mi piel muy tostada y pecas en los hombros. Y a los dieciséis, cuando tuve el pelo más largo, rozando las copas de mi biquini, y el flequillo tapándome lánguidamente los ojos.

Marika, Zoltán, incluso Tamás, en quien nunca me había permitido pensar, la gente de aquellos veranos húngaros, también estaban allí. No como los tímidos y borrosos contornos en los que yo los había convertido, sino que se les veía con las mejillas rojas y el pelo refulgente, riéndose, besándose y abrazándose, y siempre conmigo en las fotos. La cara de Marika se burlaba de mí desde las páginas, con su pelo tan parecido al mío, su valiente nariz aguilena, su boca sonriendo, sonriendo.

¿Había sido realmente así? Por un tiempo, quizás. Pero si no se la vigilaba, la cámara te podía mentir, después

de todo. Ofreciéndote una fracción de momento congelada en el tiempo, sin sentido del antes ni del después, ni de todas las cosas que así lo conformaban. Dejaba una marca falsa que engañaba a la memoria.

El libro no estaba firmado y no había una nota entre sus páginas, pero las huellas de Marika estaban por todas partes. Solo ella podía hacer que todo se asemejara a lo que ella quería, corriendo velos y orientando el humo. A lo mejor el libro podría haber surgido de manera natural, año tras año, para que ella lo sacara de la estantería y lo observara al lado del fuego, en esas noches frías de invierno, cuando la nieve se agolpaba tras las ventanas. Y Zoltán simplemente se lo había encontrado y quería que yo lo tuviera, esperando despertarme algún sentimiento que todavía podría tener. Pero no me parecía probable. En vez de eso, lo vi como un engaño, diseñado para desenterrar mis emociones con un truco barato y rastroso. Para provocarme un suspiro, ay, qué bonitos fueron esos días, y fueron importantes a pesar de todo. Típico que Marika me fastidiara de esa manera, queriendo reír la última, incluso muerta.

Las primeras lágrimas de la antigua pena, y de la nueva pena también, se despertaron y me picaron en los ojos. Empecé a llorar con rabia. Me desplomé en la mesa, con *El libro de los veranos* en mis brazos.

Pensar que aquello tan terrible y tan precioso que me había traído mi pobre padre, sin saber lo que estaba haciendo, podía haberse quedado sin abrir... Lo podría haber dejado en un rincón y haber intentado continuar como si

nunca lo hubiera visto. Barrer las preguntas bajo la alfombra y pisar encima, para estar segura.

Ahora tengo muy claro esto: algunos dirán que una fotografía no hace justicia a los recuerdos, puesto que los cubre de rigidez, como una ráfaga de hielo proveniente de la varita de la Reina de las Nieves. La mente no puede ver más allá de las expresiones fijas y las posturas congeladas, y lo demás desaparece. Pero ¿qué pasa si todo, «lo demás», ha estado encerrado, y la visión de una sola imagen resulta ser lo que gira la llave? Seguramente la tapa se abriría, al menor roce. Una caja de Pandora de placeres y disgustos, desparramándose por todas partes.

Cada familia tiene sus historias, pero no puedo evitar pensar que nosotros, los Lowe, tenemos más que la mayoría. Reservados y anhelantes, las escondemos de los demás. Debemos de haber pensado que cada uno de nosotros estaba solo. Pero ahora sé que estábamos unidos pese a todo, pues cada uno de nosotros había perdido a quien amaba, dejándonos solo recuerdos. Recuerdos que, como en una paradoja, parecían demasiados, y nunca los suficientes. Hoy podría contar un montón de esas historias, pero no lo haré. Pues, de manera muy egoísta, solo hay una que me interesa realmente. No es la pérdida de mi padre, ni la de mi madre. Es la mía, y la poseo por completo. Sabiendo eso, se apodera de mí.

Me acordé de los cuadros de la galería, y del paisaje de Villa Serena, que llegué a conocer tan bien. Las manos de Zoltán lo conjuraban con una intensa paleta, pero nada era tan brillante como verlo al natural. Sencillamen-

te, era un lugar bañado de color y luz. El sitio que Marika, mi madre, compartió conmigo. Donde una vez corrí entre trigales, con amapolas rojas como la sangre tratando de atrapar mis piernas. Donde me zambullí en un lago tan grande como un reino, con mi vientre rozando el fondo y mis manos dando la vuelta a oscuras piedras en el barro. Y donde me tumbaba a su lado en un marchito parterre de hierba, nuestros codos en ángulo recto bajo nuestras cabezas, siendo tragadas enteramente por el cielo azul. Hungría, el país de mis sueños, mi lugar escondido. Y mis ojos, mis labios, hasta la punta de mi barbilla proclamarían que todavía quería a Marika. Siempre lo había hecho, nunca lo había dejado de hacer.